

querido Señor? ¿no es Él, á quien buscan los afectos más puros del alma? ¿No es El á quien van dirigidos los suspiros que salen del pecho? Contigo ha hablado mi corazón: en busca de Ti han andado mis ojos. Oh Señor: tu cara es la que yo busco. (1) Y al verlo sentado en el trono de Dios, igual á su Padre, y gozando con El, de dicha infinita, rendida nuestra alma, se postra á sus piés; de nuevo bendice, de nuevo lo adora, y á pesar de su nada, humilde y alegre se goza, en el Hijo bendito del Dios soberano, á quien sea toda gloria y honor, lo mismo que al Padre y al Don adorable que de ámbos procede.

CAPÍTULO XVIII.

§ I.

DIVINIDAD DEL ESPÍRITU SANTO.

El Espíritu Santo, ved cuál es ahora el sagrado y dulce objeto de nuestras reflexiones. Su solo nombre nos es bastante para sentir al punto el alma entera, inflamada en el fuego de su santo amor. Queremos pensar en su grandeza, y tributarle honor y gloria; y ¿no es Él mismo quien nos ha inspirado tan santos y hermosos pensamientos? y como El es un fuego de infinita caridad, no es extraño que su amable y dichosísima presencia nos queme, nos abraze y consuma. ¡Oh amorosas y sagradas llamas del que es el amor del Padre y del Hijo! ¡quién pudiera vivir eternamente abra-

(1) Ps. XXVI. 8.

sado en tan divino incendio! Nacimos y vivimos para Dios, y por esto suspiramos por quien es la vida de nuestra alma, nuestra eterna y soberana dicha.

El Espíritu Santo es un solo Dios con el Padre y el Hijo con los cuales lo adoramos juntamente. Los libros santos nos dan el más claro testimonio de su divinidad.

Abrid el Génesis. En el principio crió Dios el cielo y la tierra..... y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas, (1) Hé allí la creación del cielo y la tierra; mas ¿dónde hallamos la del Espíritu Santo? Aparece sobre las aguas para darles fecundidad, no para recibir la existencia en el tiempo; la que, desde la eternidad ha recibido del Padre y del Hijo; no por creación; sí porque de ellos procede: y las palabras dichas, nos revelan solamente, la unidad de acción de las tres personas. Glorioso es, por tanto, é irrecusable, el testimonio que nos dan, al decirnos que sobre las aguas era llevado el Espíritu Divino.

Si despues de Moises oimos á David, él nos dirá: El Espíritu del Señor habló por mí; su palabra ha estado sobre mi lengua. Es el Dios de Israel quien me ha hablado: el Fuerte de Israel es quien habla. (2) Mas ántes que entremos en materia, es indispensable manifestar que Él es una verdadera persona, realmente distinta del Padre y del Hijo.

Cuando el Hijo de Dios recibió el agua del bautismo en el jordan, se abrieron los cielos, y se vió bajar al Espíritu de Dios á manera de paloma, y posar sobre Él. Y oyóse una voz del cielo que decia: Éste

(1) I. 1. 2. (2) II. Reg. XXIII. 2. 3.

es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia. (1) Ahora bien, así como la voz del Padre designa la primera persona, y al que esa voz señala y descubre, nos revela al Hijo, así también el descenso del Espíritu Santo, nos descubre su adorable y divina persona, bajo una forma corporal; porque los dones no toman estas formas, y aparecen en ellas, sino las personas.

Descubrimos la misma distinción y realidad de las personas, en las palabras con que mandó el Señor que fuese conferido el bautismo: Bautizad las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. (2) Lo mismo nos prueban las de San Juan: Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo. [3] Y así como los nombres del Padre y del Verbo, nos revelan distintas personas, así también se nos muestra la del Divino Espíritu. (4)

Atribuye la Escritura al Espíritu Santo, acciones que son propias solamente de las personas. ¿Quién, sino éstas, son las que hablan aún por medio de otros como por un instrumento? Y estas son también las que enseñan, y dan testimonio, y revelan lo futuro, y entienden, y escudriñan los misterios de Dios, y eligen á los que han de regir la Iglesia; y dan los dones espirituales según su voluntad. Y todo esto lo hace el Espíritu Santo.

Cuando os hicieren comparecer, ante los gobernadores y los reyes, decía el Divino Maestro á sus apóstoles, no os de cuidado el cómo ó lo que habeis de hablar, porque os será dado en aquella misma hora, lo que

(1) Matth. III. 16, 17. (2) Matth. XXVIII. 19. (3) I. 5. 7.
(4) Cerboni.

hayais de decir: puesto que no sois vosotros quien habla entónces, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla por vosotros. Él os enseñará toda verdad: dará testimonio de Mí: os anunciará lo venidero. Él penetra todas las cosas, aún las más íntimas de Dios: ha puesto en la Iglesia á los Obispos; ha derramado sus gracias, repartiéndolas á cada uno según El mismo lo ha querido. [1]

El Espíritu Santo es la fuente, el autor, la causa y el principio de los dones espirituales; mas es enteramente distinto de los mismos; y para evitar que con ellos pueda confundirse, los libros santos lo distinguen perfectamente. Oigamos el lenguaje de San Lucas: Jesús por la virtud del Espíritu Santo volvió á Galilea.— Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, dijo á sus discípulos el Divino Salvador ántes de subir á los cielos, (2) según el mismo Evangelista. Y San Pablo nos dice también: Hay diversidad de dones espirituales; mas el Espíritu es uno mismo..... Los dones visibles del Espíritu Santo se dan á cada uno para la utilidad. Así uno recibe del Espíritu Santo el don de hablar con profunda sabiduría; otro recibe del mismo Espíritu, el de hablar con ciencia; á éste le da el mismo Espíritu una fe extraordinaria; al otro la gracia de curar enfermedades por el mismo Espíritu: á quien el don de hacer milagros, á otros el de profecía, ó la discreción de espíritus, ó el don de lenguas; ó bien por último, el interpretar palabras. (3)

Ved, pues, al Espíritu Divino, superior á todos sus dones, distinto de ellos, y distribuyéndolos según su

(1) Matth. X. 19, 20.—Joann. XVI. 13.—XV. 26—XVI. 13.—I. Cor. II. 10.—Act. XX. 28.—I. Cor. XII. 11.—Cerboni. (2) Luc. IV. 14.—Act. I. 8. (3) I. Cor. IV. 7.—10. Cerboni.

voluntad. Nos consta por lo mismo, que Él es una verdadera persona, realmente distinta del Padre y del Hijo. Pasemos á escuchar el testimonio de los libros santos, y aún la voz de la razón que nos demuestran su divinidad.

Isaías se expresaba en estos términos: Y dijo el Señor Dios de los ejércitos (Jehovah): Anda y dirás á ese pueblo: Oiréis y más oiréis y no querréis entender, y veréis lo que presento á vuestros ojos y no querréis hacer cargo de ello. (1) Y este Dios de los ejércitos, el gran Jehovah, el Dios de Israel es el Espíritu Santo. Oigamos á San Pablo, que reprochaba á los judíos su incredulidad: ¡Oh, con cuánta razón habló el Espíritu Santo por el profeta Isaías! (2) Y cita las palabras dichas.

Cuando allá en el principio de la Iglesia, Ananías vendió un campo, y reteniendo parte de su precio, trajo lo demás, y lo puso á los pies de los apóstoles, San Pedro le dijo: Ananías, ¿cómo ha tentado Satanás tu corazón, para que mintiéses al Espíritu Santo, reteniendo parte del precio de ese campo?..... No has mentido á los hombres, sino á Dios. (3) Al oír Ananías estas palabras, cayó en tierra y espiró.

Contemplad, pues, con humilde y respetuosa mirada, á ese Espíritu Divino, Dios como el Padre y el Hijo, y que como Ellos, dispone con soberano y absoluto imperio, de la vida de los hombres.

Los libros santos dan al Espíritu Sagrado, los atributos que á sólo Dios corresponden. El es inmenso, eterno, omnipotente, criador de cuanto existe, y cuya inteligencia es infinita. El Espíritu del Señor llenó el

(1) VI. 9. (2) Act. XXVIII. 25. (3) Act. V. 1. 4.

Universo.—Por la palabra del Señor se fundaron los cielos, y por el Espíritu de su boca todo su concierto y armonía..... Espíritu de inteligencia, santo..... omnipotente, que todo lo prevé y abarca en sí todos los espíritus;— que se movía sobre las aguas para fecundarlas, cuando El mismo con el Padre y el Hijo, crió el cielo y la tierra. Espíritu del cual dijo el Santo Job: El Espíritu de Dios me crió. Y David: Enviarás tu Espíritu, y serán criados, y renovarás la faz de la tierra. Espíritu que penetra los mismos secretos de Dios, y tiene con el Padre y el Hijo la misma virtud. [1]

¿Quién, pues, no reconoce y adora, la divina grandeza del Espíritu Santo, y su eterna y perfecta igualdad con el Padre y el Hijo? Merece, y se le rinde, el mismo culto que á Uno y Otro: oigamos un instante las inspiradas expresiones de los primeros escritores de la Iglesia.

Yo te glorifico, oh Padre de Jesús, yo te alabo, te bendigo y te ensalzo, por tu Hijo Unigénito, el eterno pontífice, por quien glorificado seais con el mismo Jesús, en el Espíritu Santo. Así rindió el gran Policarpo, el testimonio de su fe ántes de firmarlo con su propia sangre. (2) Y San Justino decía: Honramos y adoramos en espíritu y en verdad, al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. [3] Y San Ireneo: Á todos, y en todas las cosas, viene la salud, del Señor, á los que creen en un solo Dios Padre, y en su solo Verbo, y en el Espíritu Santo. (4) Y San Teófilo dícenos también, que en la Trinidad hay Padre, y su Verbo, y el Espíritu San-

(1) Sap. I. 7.—VII. 21. Ps. XXXII. 6. 23.—Gen. I. 1. 3.—Ps. CIII. 30.—I Cor. II. 10.—Matth. XXVIII. [2] Ap. Euseb. Hist. L. 4. c. 15. Vid. Cerboni. (3) Apolog. 1. n. 6. al. 13. (4) Cont. haeres. L. 4. c. 6. n. 7.

to. (1) Y Tertuliano: Creemos en un solo Dios, quien envió á la tierra á su Hijo, el que, cuando subió á los cielos, envió al Espíritu Divino, santificador de la fe de los que creen en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo; personas realmente distintas; y que sin embargo, son un mismo y solo Dios verdadero. (2) Oigamos, por último, al gran San Ambrosio: Toda criatura es mudable; mas no lo es el Espíritu Santo. ¿Cómo pudiera mudarse el que siempre es bueno? Decía el Divino Salvador: Vosotros siendo malos sabéis dar buenas cosas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo á los que se lo piden? [3]

Una es la gracia, una la caridad, una la comunión del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo; luego una es su operación; y por lo mismo, la virtud no es distinta, ni está dividida la sustancia. (4)

Uno es el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en el que se nos bautiza; una la divinidad, y una la majestad, porque uno es el nombre. Ved asimismo, que el Hijo se llama Consolador, y el Espíritu Santo se llama también Consolador. El Padre es luz, el Hijo es luz, y el Espíritu Santo es luz. El Padre es fuente de vida, y el Hijo lo es también, y el Espíritu Santo. El Padre es río de gracia, y también el Hijo y el Espíritu Santo; porque allá en la celestial Jerusalén, no hay un río terrestre, sino el Espíritu Santo que procede de la fuente de la vida, y se derrama sobre los tronos, las dominaciones, las potestades, los ángeles y los arcángeles, con santa y admirable abundancia; porque

(1) L. 2: Ad. Autoly. n. 15. [2] Cont. Prax. c. 1, 2, 9. (3) Luc. 11, 13. L. De Espíritu Sanc. c. 5. (4) Id. c. 11, 12, 13.

si aún aquí en la tierra, cuando los ríos aumentan el caudal de sus ondas elevándose sobre sus propias riberas, salen de madre y todo lo inundan; ¿cuánto más el Espíritu Santo, inundará con impetuosos y alegres torrentes de divina gracia, los dichosos espíritus que son sus criaturas, inferiores, infinitamente, á su grandeza? (1)

El Espíritu Santo es virtud, y el Hijo y el Padre es virtud. Uno es el consejo del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. El Espíritu Santo vivifica como el Padre y el Hijo; ¿quién ignora que dar la vida es tan sólo de la eterna y soberana Majestad? (2)

El Espíritu Santo crió el misterio de la sagrada Encarnación, que es sobre todas las criaturas; ¿cómo, por lo mismo, pudiera ser criatura ese Espíritu Divino? [3]

El mismo Espíritu apareció bajo la forma de una paloma en el bautismo del Señor para declarar la unidad de honor en el imperio y la de operación en el misterio, con el Padre y el Hijo; y dar testimonio á la Sabiduría, llenando el Sacramento de la regeneración espiritual, y descubriendo la unidad de operación con el Padre y el Hijo. (4)

Donde el Espíritu se descubre, se manifiesta la virtud de Dios; ni puede haber división donde una misma es la obra; y por esto, lo que habla el Hijo lo habla el Padre, y lo que habla el Padre, habla el Hijo; y lo que habla Uno y Otro, habla el Espíritu Santo. No hablará de suyo, esto es, sin la comunión del Hijo y del Padre. El Espíritu no está dividido, ni separado, sino que habla lo que oye; y oye por la unidad de sus

(1) Id. c. 16, 18, 19, 20. (2) Id. L. 2. Epist. 2, 3, 4, 5, 6. (3) Id. c. 1. (4) Id. L. 3. c. 1, 15.

tancia y la propiedad de ciencia..... No habla de suyo, esto es, el Espíritu que habla verdad y espira sabiduría, no habla sin el Hijo. Y no habla sin el Padre porque es su Espíritu..... El Hijo todo lo ha recibido del Padre, y todas las cosas del Padre son suyas; y lo que recibe el Hijo por la unidad de naturaleza, lo recibe por esta misma unidad, el Espíritu Santo, como lo dijo el Señor: Recibirá de lo mío y os lo anunciará. Lo que habla el Espíritu es del Hijo, y lo que dió el Hijo es del Padre; y así, nada habla de suyo, el Hijo, ó el Espíritu Santo, porque la Trinidad no habla fuera de Sí misma. (1)

Mas ¿para qué estar oyendo separadamente, la voz de los santos y doctores de la Iglesia, cuando podemos escuchar reunidos, y como uno solo, los gratos y dulcísimos acentos con que en todos los siglos, la Esposa del Cordero ha hecho resonar en el mundo, la gloria del Señor? Ella, en efecto, ha entonado siempre, este hermoso y sublime cantar, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. (2)

Vemos por lo dicho, que no es lícito dudar un solo instante, de la divinidad del Espíritu Santo. Cierto es que el Padre es eterno, y eterno es el Hijo; y Uno y Otro omnipotente, inmenso, Señor, Dios; mas tambien es cierto que con ellos, el Espíritu Santo es un solo Señor; un mismo Dios, eterno, inmenso, omnipotente; á quien con las otras dos divinas personas, tributamos las mismas alabanzas, ofrecemos la misma adoracion, y cantamos una sola gloria.

(1) Ap. Alexand. Lec. 4. Dissert. 4. 3. (2) D. Basilius De Spiritu Sancto. c. 29. m. 73. Animadvertendum quod Veteres in talibus Doxologiais, non solum cum Spiritu Sancto, sive et Spiritui Sancto, sed aliquando etiam, in Spiritu Sancto, ideo dixisse videntur, ut significarent, quatenus Spiritus Sanctus, a Patre Filioque procedit, amborum esse communionem, ac profiteri quasi vinculum S. S. Trinitatis, sicuti a nonnullis veteribus distincte appellatur. Cerboni. Petavius. De Trinit. L. 7. c. 12. n. 8.

§ II.

¿Cuando amais no sentís en el alma, una activa y secreta mocion que os lleva dulcemente al objeto de vuestro cariño? Y si este amor es mútuo, la mocion parece nos la misma, pues tiene el mismo origen, el amor, y conduce al mismo término: la union. El pensamiento es uno mismo; pensáis en vuestro amado, y él, en vos tambien, está pensando. Idéntica es la inclinacion en uno y otro. ¿No recordais que aun la esposa santa se expresaba en estos términos: Mi amado para mí, y yo para mi amado? [1] La union, en fin, se vuelve tan estrecha, que parece que un alma solamente anima distintos corazones. El alma de Jonatas se ligó estrechamente con el alma de David, nos dicen los sagrados libros, y le amó Jonatas como á su propia alma. (2)

Hemos dicho que son dos los corazones que se aman, mas no, que es uno mismo. Recordemos estas palabras de los Hechos de los apóstoles: La muchedumbre de los creyentes tenían un corazon y un alma. [3]

Veamos, ahora, otras maravillas y encantos del amor. Él tiene una doble potencia; activo y ardiente se lanza al objeto que ama, y grava su imágen en el seno del amante.

¿Quién me diera, decia Job en otro tiempo, que se imprimiesen mis palabras en un libro, con punzon de hierro; y se esculpiesen en planchas de plomo, ó con el cincel se gravasen en pedernal? [4] Y con todo, ni el

(1) II. 16. (2) I. Reg. XVIII. 1. (3) IV. 32. (4) XIX. 23, 24.

cincel, ni el punson de hierro, pueden gravar sus caracteres tan profundamente como el amor imprime la imágen del amado en nuestras almas: ni el pedernal ni el plomo conservan las palabras con tanta perfeccion, como el alma que ha escuchado los suaves acentos del amor.

Mas el amor terreno, á pesar de todos sus encantos y grandezas, es amor de seres miserables; y por esto, inconstante y pasajero; tal vez injusto porque el hombre huye como una sombra, y jamas permanece en un mismo estado; pasa como una imágen que luego se desvanece; (1) y sus caminos no son siempre los caminos del Señor. Por lo mismo, si queremos contemplar en su misma fuente, las bellezas del noble sentimiento de que hablamos, levantemos los ojos al trono del Eterno. ¿Sentimiento? En Dios el amor es un impulso divino, una sagrada persona; y en Él por esto, la vida, la fuerza y todas las bellezas del amor se nos presentan infinitamente grandes, adorables, santísimas; pero veladas á los ojos de los hombres; y con todo, á pesar de lo dicho, pegada en el polvo nuestra frente, llenos de un temor sagrado, y confiando en el Señor, digamos lo que el mismo nos inspire.

El Padre contempla eternamente á su Divino Hijo, su viva y sustancial imágen. El Eterno todo lo ve de una mirada sola; y en el Hijo no hay sino grandeza, perfeccion, infinita y admirable santidad. Él es el Creador de la hermosura. El Padre lo contempla; ¿pudiera no amarle un solo instante? Es por lo mismo, necesario el amor que le tiene; y es eterno tambien, pues

(1) Job. XIV. 2.—Ps. XXXVIII. 7.

que en Dios no hay instantes, ni cambia jamas.

El Hijo contempla á su Padre, su principio de eterna é infinita grandeza, el tesoro de la divinidad; y de ese principio recibe su Sér, y todas las riquezas que encierra el tesoro de Dios. Ahora, preguntamos de nuevo; ¿puede el Hijo no amar á su Padre? Es tambien, por lo mismo, necesario el amor que le tiene; y es eterno, pues Dios lo engendró desde los dias de la misma eternidad.

Tenemos ya, en el Padre y el Hijo, un amor necesario y eterno; y para descubrir de una vez y en una sola palabra, su divinidad, observemos lo siguiente.

El amor se halla siempre en razon directa de la actividad de quien ama, y de la belleza y bondad del objeto amado. ¿No descubris en esto solo, la infinita grandeza del amor divino? Quien ama es el Padre, quien ama es el Hijo; y el Hijo es amado; y el Padre tambien es amado. ¿Quién ignora que es omnipotente, infinita y soberana la actividad del Padre y el Hijo? ¿ó quién no sabe que Uno y Otro, son la belleza y la bondad increada? Aquél divino amor procede por lo mismo, con una fuerza, y grandeza, y encanto, y dulzura infinitas.

Ese impulso amoroso y ardiente, del Padre al Hijo, y del Hijo al Padre, lleno está de toda la grandeza del Eterno; pues el Padre que contempla en su Verbo toda su esencia, lo contempla infinitamente amable; y á esta amabilidad infinita y perfecta, corresponde un amor infinito tambien, y perfecto. Asimismo, el Hijo ama á su Padre con igual amor, pues si es perfecto y